II

PRECEDENTES DE LA DECLARACION

II

PRECEDENTES

DE LA DECLARACION

Me bastaría ser cristiano y leer el Génesis para creer en la Inmaculada Concepción de María, porque desde el establecimiento del Cristianismo, la Iglesia creyó que esta mujer privilegiada era la Madre de Dios, la profetizada como vencedora de la serpiente, y no podría corresponder tal vaticinio á una mujer concebida en pecado. *Ipsa conteret caput tuum,* dijo Dios á Satanás, la mujer quebrantará tu cabeza, y tal profecía sería inexplicable ciertamente, aplicada á la Santísima Virgen, si María hubiera sido víctima de la serpiente bíblica, naciendo con la mancha original.

Conceded el dogma de la Inmaculada, y las palabras del Génesis tendrán aplicación inmediata, natural y fácil; suprimidlo, y si bien en todo caso por la redención que Cristo realizó, la serpiente resultaría vencida, no podría decirse que el triunfo correspondía de modo directo á la mujer.

No hablo como teólogo, pues desgraciadamente no lo soy, sino solamente aplico el buen sentido á un texto muy claro, y la observación que acabo de hacer y á nadie puede dejar de ocurrírsele, bastaría sólo á demostrar que en la Iglesia siempre se creyó en ese dogma, porque aparte de otras muchas razones, si la Virgen María, como siempre se ha juzgado, debía ser la vencedora de la serpiente, fué concebida sin mancha

original, porque de otro modo habría sido vencida por el mónstruo.

Con razón Lacordaire en una página inmortal que más que de un sabio parece de un vidente, dice que todas las cosas grandes en la Iglesia, no sólo tienen eterna subsistencia, sino prístina preexistencia, por lo que San Juan afirma que el Cordero fué inmolado desde el principio del mundo. (1) Es decir, que desde que el hombre pecó, me atrevo á creerlo así, y la redención quedó decretada, debiendo verificarse por la efusión de sangre del Cordero, la Divina Víctima comenzó á intervenir en el plan de la Providencia y en los destinos de la humanidad, y el holocausto del Calvario, aunque de diverso modo, influía sobre el pasado como sobre el futuro.

En sentido, si no igual, semejante, pero con la misma histórica realidad, la Inmaculada Concepción, como todo dogma tuvo también preexistencia desde la caída del hombre, porque fué anunciado á la mujer y á la humanidad en las puertas del Paraíso como una esperanza, y desde entonces se elevó en la conciencia de la Iglesia naciente, iluminando sus destinos, la idea de la Virgen sin mancilla, aurora del desierto y estrella de los mares.

La huella del dogma se ha seguido en la Escritura (2) y sería curioso recorrer el interesante camino, pero tan grata tarea es por demás ajena á nuestro propósito, que se reduce á hablar de los precedentes inmediatos á la declaración, para dar á conocer el estado del mundo católico cuando tuvo lugar tan importante suceso.

Si hemos hablado de la profecía genesiaca, ha sido porque la reflexión hecha, brotó naturalmente de la pluma y del mismo modo al hablar del dogma en los tiempos modernos, no es posible abstenernos de decir que en los principios del Cristianismo, y por muy notables Padres de la Iglesia, se confesó el Misterio de la Inmaculada, en términos indubitables.

San León decía: "*Immaculata virginitus concupiscentiam nesciebat,*" y San Agustín: "*Nihil in ea concupiscentialiter resistebat.*" (3) "Los padres no han cesado de llamar á la Madre de Dios lirio entre espinas; tierra absolutamente intacta, tierra virgen, cuya

superficie no ha sido tocada por mancha alguna, tierra siempre bendita, libre de todo contagio de pecado y de la que ha sido formado el nuevo Adán; irreprochable, brillante, delicioso paraíso de inocencia y de inmortalidad, plantado por Dios mismo, é inaccesible á las asechanzas de serpiente venenosa; bosque incorruptible al que el gusano roedor del pecado no ha alcanzado jamás; fuente siempre limpia y sellada por virtud del Espíritu Santo; templo divino, tesoro de inmortalidad; sola y única hija, no de la muerte, sino de la vida; enjendro, no de cólera, sino de gracia; planta siempre verde que, por concesión especial de Dios y contra las leyes comunes, brotó floreciente de una raíz seca y corrompida." (4)

La voz solemne de esos Padres ilustres no se perdía en la humanidad; ésta recogía su sentido como un tesoro, y por eso todos los poetas del cristianismo han cantado la Inmaculada, desde Sedulio hasta Santeuil, desde los troveros, hasta Lamartine y Hugo. (5)

El Padre Alcantarino en su libro *La Chiesa Cattolica circa l'Inmacolata Concezione di Maria. S. S.,* marca perfectamente la historia del dogma dentro del cristianismo:

"Comprende el primer período, los primeros cinco siglos cristianos, tiempo en que los fieles creían sin duda en la Inmaculada Concepción, pero careciendo todavía el sublime dogma de fórmula propia, festividad especial y culto público. El segundo período une el siglo V con el nuestro, y puede llamarse de *la festividad,* pero se divide en ocho épocas perfectamente bien marcadas."

"La primera corre de ese siglo al XI, y es llamada de la *institución de la fiesta,* que establecida al principio en la Iglesia oriental, se introdujo en Occidente por medio de los Monjes Basilianos, comenzando á celebrarse en Nápoles antes del siglo IX, según el más antiguo documento conocido, publicado por Mazzocchi, para establecerse después en los siglos X y XI en Navarra, Normandía é Inglaterra.

La segunda comprende desde *el origen de la controversia en tiempo de San Bernardo,* hasta el siglo XIV, en que los teólogos formularon netamente el ob-